sus situaciones—hace gala de la maestría de su autor. Es, sin duda, una de sus mejores obras, y a juicio de algunos—entre los que me cuento—, la mejor.—RICARDO DOMENECH.

LA HONDURA REALISTA DE MAREK HLASKO

Al encontrarnos con Marek Hlasko y su obra, lo primero que salta a la vista, no ya del estudioso, sino del simple lector, son los pilares de su realismo rabioso y decidido; un realismo casi sin control, con una fuerza virgen que lo delata a primera vista. Hlasko gana a su público con una facilidad como muy pocos escritores de última hora lo han conseguido hacer en los últimos años. Acompañando al ritmo acelerado de su problemática realista, en la obra de Marek Hlasko descuella una necesidad de honradez y de mensaje que se hace palpitante en cada momento concreto.

Pero lo que sucede en el escritor polaco es su prisa, su incontenible línea de planteamiento y resolución; lo que destaca es el giro descarnado y honestísimo de su realismo. Del realismo de Pavese, centrado y hermosamente capaz dentro de sus propios desvelos psicológicos, al realismo de Hlasko existe una diferencia notable. En el primero hay un sedimento de tiempo, de espacio. En el segundo hay una rabiosa reacción ante cualquier posibilidad de abandono. Se diría que lo que compromete la obra de Marek Hlasko es el temor de abandonar, el miedo a la capitulación. Para impedir eso que flota como un vago fantasma sobre su misma obra, el escritor toma el pulso seguro y franco de un realismo rara vez planteado en tal dimensión. Las posibilidades creacionales son desde aquel mismo instante ilimitadas y de larguísimo alcance.

Hablar, sin embargo, de Marek Hlasko como una realidad palpable y exenta de prevenciones no es lógico en estos momentos. El escritor polaco, por su edad, por su complicada formación y por un estado de psicosis determinado y escasamente ajeno a su obra es, ante todo, una posibilidad en potencia, pero una posibilidad con un certificado tan agudo y tan de primera línea, que esperar de él una continuidad prieta y segura no es una quimera, sino todo lo contrario, y más.

Y decimos todo esto porque Marek Hlasko sabe, con una precisión absoluta, distinguir los elementos útiles de su realismo de los negativos o, simplemente, convencionales. Plantea las situaciones con una nitidez asombrosa, con una limpieza que echa muy lejos cualquier

traba o cortapisa que dé lugar a contradicciones o simplemente a una curiosa variedad de criterios. En *El octavo día de la semana,* la exacta linealidad de su temática asombra ya como principio. No es, en modo alguno, una obra de complicado alcance, sino todo lo contrario. Una obra donde la dificultad está dibujada con tal sencillez, con tal facilidad de gesto y de palabra que realmente impresiona. Por eso, precisamente, su realismo se nos presenta limpio y hasta candoroso, porque es claro y radiante aun dentro de su concreto compromiso. Huye Marek Hlasko del giro complicado que daría oscuridad y penumbra a un planteamiento. Escapa con facilidad de todo lo que es y representa oscuridad de concepto.

Los resultados, en casos así, son bien rotundos. Consigue el joven escritor de esta manera una línea sincera y apasionada por un lado, y clara y rotunda por otro. El aval no puede ser más satisfactorio y los frutos, así de primeras y como comienzo, son tan alentadores como temerarios. Esperar, en estos casos, es tan importante o más que la pura especulación. Hay que creer muy firmemente en esa hondura realista como entremés de una obra futura más densa quizá en realizaciones, pero igual de dramática y rabiosa en su misma y brava problemática.—José María Sanjuán.

INTIMISMO Y ALREDEDORES DE LA POESIA

El poeta como hombre y como artista

El poeta es el hombre, aunque la mayoría de las veces el hombre no sea el poeta. Hombre y poeta indisolublemente unidos en el acontecimiento diario del vivir, deben manifestar, sin embargo, en determinadas circunstancias y bajo ciertas manifestaciones, una obligada disparidad, un casi total divorcio espiritual que sirva como contrapeso para destacar con mayor relieve bien la figura del hombre, bien la del poeta.

En el poeta, como en todo hombre dotado de una misión que está obligado a llevar a cabo, se dan al mismo tiempo dos posiciones o características, a veces contrapuestas, como son la de poeta y la de hombre. ¿A cuál de estas dos misiones debe atenderse con mayor desvelo? La pregunta puede contestarse diciendo que por igual a ambas. Como hombre, el poeta puede pensar y sentir determinados acontecimientos de orden político, social, religioso, bajo un determinado prisma; como poeta está obligado a enjuiciar—mejor diríamos a sen-